

Ilustración

MARÍA FARAONE

(Artista plástica argentina contemporánea)

La conciencia es un escándalo ya que el hombre no puede humanizarla.

Obra inédita y reciente, “La máscara” no es una pintura contenida en su espacio. No se agota en la observación de sus límites, es la visión de la realidad humana que se extiende ocupando la diversidad, esta particularidad transformada en distancia destotalizadora de un proyecto solidario. Cada figura ocupa un lugar dentro de una interrelación controvertida al mirar individualmente sus propios intereses en un fundamento de vida exclusivo. Un individualismo extremo que niega la acción totalizadora-destotalizadora, al decir de Sartre, (1) que necesita la sociedad humana. Los rostros cubiertos de sus personajes denuncian la postura hipócrita inaugurada por los griegos en la representación de la tragedia. Los hombres confluyen pero se cuidan de no quedar transparentados a la observación del poder; están cercanos pero solos en este universo. Confluyen sin conocerse en una escena en que se recrea un carnaval o una fiesta en que la diversión es justamente pasar desapercibido; juntos por azar en una espontaneidad anónima en que la reunión no adscribe a una identidad, se escabulle entre los personajes en que prima el ocultamiento. María Faraone recrea al hombre de hoy en su dimensión social. Una información creciente que viaja al tiempo de producirse pero que aísla al ser hasta la exasperación. Los vocablos se vuelven símbolos sin llegar a la expresividad o a tomar contacto con un interlocutor que goce del mismo privilegio. Y esta representación se halla presente en la obra en que algunos personajes invierten su figura, en una alienación del ser que se debate entre la materialidad de la existencia y su espíritu; entre la necesidad corporal y su conciencia.

Esta representación existe desde la observación latente. Alguien –con dotes de amo– contempla la escena. El objetivo del siempre llevar la teatralidad humana a la reducción de un mundo de “plusvalía” nunca ha dejado de estar presente en la historia que el hombre construye sin significación, pues este desconoce su sentido de ser-hombre. Y mucho más cuando lo es a través de una conciencia refinada. Pequeña y extraña desde lo relativo, trágica en lo absoluto.



“La máscara”
Óleo sobre tela, 100 × 100 cm
María Faraone

El hombre ahora lo asimila. Comprende que no hay árbol de la vida custodiado por querubines ni jardines paradisiacos. Tampoco los fuegos al acecho de los cultos, de las culpas. Perdió los miedos que lo sujetaban a una existencia prejuiciosa. El temor a los castigos se le vuelve quimera. Ya no más pánicos ante las revelaciones divinas. Se avizora en el quehacer de los hombres. Estamos cercados por las emociones y en la mejor de las posibilidades abandonados hacia el destino. Cada uno de los sentimientos se transforma en una alquimia entre la necesidad, lo prohibido y lo mágico.

No hemos sabido asumir nuestro fracaso. Vagamos en busca de ser felices. Nos convencemos en ser el centro del pequeño acto temporal que nos contiene, idealizando proyectos y ejecuciones. Inevitablemente enfrentamos a nuestras pasiones –las cuales humanizan a la conciencia– y en ese instante volvemos al barro. A las necesidades de una tierra rayana en el fango. En esta circunstancia infausta ya no nos

exculpan las ambiciones a las que nos obliga la desesperación existencial. Descendemos a las cavernas. Con esta actitud nos creemos vigentes. Esa es la batalla del hombre contra su propio espectro, ya que lucha sin tener contrincante. Desprovisto de antinomia, avanza imaginando un objetivo al cual alcanzar contando con la misericordia del destino y el fervor entregado a la contienda. Se mantiene seducido por la utopía que imagina en la trascendencia de la lucha emprendida y en la recompensa que fabula para justificar sus días. (2)

Toda confrontación con la realidad aliena. El hombre se ve impulsado a una “máscara” para soportarla. Esta tiene mucho de imaginación. Una escena teatral en que cada uno concurre con su personaje para escenificar la existencia. Esta teatralidad toma un eje central aceptado por la ética y actitudes más extremas que durante determinados momentos se vuelven recurrentes y se intrincan en la educación aceptada por la sociedad. Esta “máscara” con que el hombre se conduce obedece a principios de supervivencia globalmente entendida, pero cuyos afluentes lo constituyen eros y poder.

Los contrastes alienan: realidad/imaginación; espíritu/carne; necesidad/moral; ética/poder. El hombre yace condenado a estas alienaciones, pero siempre el origen de ellas está en la conciencia relativa humana que impide saber el significado de su presencia. El infortunio está en ella; lo obliga a la alienación y anula la libertad condicionada por el límite de su propia conciencia, la cual es inadecuada a la necesidad de la comprensión existencial. De la acumulación de poder parte la deformación de las relaciones interhumanas que conducen al amo y al esclavo. (3) El prójimo se convierte en un competidor por el poder que esconde una alienación mayor: la búsqueda inconsciente de la inmortalidad, determinante de las relaciones humanas. La “lucha de clases” que deriva de esto no termina con el dilema. Se encadena a la contienda de grupos sociales más pequeños y por último a los individuos próximos. En su extremo final la controversia es del cuerpo contra el alma, el enlace más fuerte de la sociedad humana.

Los componentes fundamentales y de enlaces más sólidos en la materia son los quarks. Desde ellos hasta los sistemas evolutivos más recientes (p. ej., sociedad humana) los enlaces se vuelven progresivamente más débiles y fáciles de romper. En este desarrollo el hombre construye una escala que parte del individuo y pasa por el clan familiar, grupos sociales pequeños y por último la sociedad. A medida que participa de estas escalas las uniones se debilitan. El enlace del hombre aislado se hace entre cuerpo y conciencia. A partir de él, las uniones –entre los distintos individuos (clan, grupos sociales, sociedad íntegra)– se van fragilizando y se vuelven lábiles.

El hombre constituye un enlace de la materia con el acto consciente, alquimia que lo aliena en sus decisiones. En cada escala que lo conduce a la sociedad íntegra hallará motivos de esta alienación que determinará una conducta que le otorgue poder y eros. Esto determina que la problemática social humana no es solo de “lucha de clases”. Se inicia dentro del propio individuo en el enlace cuerpo-conciencia y se va debilitando aún más en las distintas escalas de organización social. El hombre de esta manera preserva su integridad, su supervivencia, su acto instintivo por encima de cualquier otro comportamiento social. Se mantiene en los clanes familiares, grupos pequeños y sociedad, mientras les sean favorables a sus intereses. La llamada “lucha de clases” (no podemos negarla porque el hombre intenta progresar sin pausa) se da en cada uno de los estamentos sociales que van del individuo a la comunidad. Este crecimiento de la fragilidad en las interrelaciones humanas tiene un facilismo al ser el individuo más anónimo a medida que el número de componentes aumenta y la defensa de los intereses no es provocativa a un hombre determinado.

Hay una infinita sucesión de escenas en la pintura “La máscara” de María Faraone como si varios intereses concurrieran al unísono, pero ella conserva la unidad vital del acto ideológico creador. La obra trasunta ser un organismo vivo que se observa marchar en un cambio continuo de personajes que no traicionan su simbolismo. A semeja una estampa veneciana con efectos de profundidad atmosférica y cromática que se sucede sin interrupción al compás de virtuosos violines y cellos.

La necesidad tiene la facultad de ejercer un efecto negativo sobre la libertad humana. Esta situación lleva –al que ejerce la posibilidad de paliar la necesidad– de convertir al necesitado en esclavo. El hombre al ejercer su materialismo se ve obligado a cercenar el espíritu libertario y someterse. Esta venta de la libertad es la mayor tragedia del hombre que se agrega a la existencial. Entonces la sociedad busca crear en el esclavo un idealismo de libertad que en realidad es una condición natural. Se apropia de lo que es propio. Al fin, la existencia humana es una superación inexplicable. Es un consuelo exento de la facultad para ser juzgada por la conciencia.

Jorge C. Trainini

1. Sartre JP Crítica a la razón dialéctica. Buenos Aires: Losada; 1963.
2. Trainini JC. Solo como un Cura. Buenos Aires: Dunken; 2012.
3. Hegel GWF. Fenomenología del espíritu. México: Fondo de Cultura Económica; 1966.